

Miguel Sierra y el fotoperiodismo en Coahuila

Alejandro Pérez Cervantes

Conocí a Miguel Sierra en el verano de 1998. Yo era entonces un joven practicante en un periódico de Saltillo, la capital de Coahuila. Recién llegado desde su natal San Sebastián, España, Miguel se distinguía por su recurrente ironía, su barba cerrada y su trato generoso y jovial con nosotros, los principiantes.

Por ese tiempo aún trabajábamos al modo analógico. A los fotógrafos de entonces se les asignaban, junto a su orden de trabajo, un par de rollos de película con los que debían cumplir la encomienda del día. De regreso a la redacción, se entregaban al laboratorio y después se visionaban las tomas en un dispositivo conectado a un monitor, seleccionando algunas, que luego se turnaban a los incipientes departamentos de fotografía digital, donde se escaneaban. De ahí en adelante, estos negativos se perdían para siempre. Salvo que el propio fotógrafo los rescatara y fuera formando su archivo personal.

Con Miguel aprendí el valor de preservar esos registros. De todo el periódico, solo él y Enrique *el Pollo* Sifuentes se preocupaban por recuperar los negativos seleccionados.

Con el tiempo, mi joven mirada fue encontrando en el trabajo de Miguel valores que entonces no sabía explicar, pero que ya conformaban para mí y para otros aspirantes a fotógrafos un modelo, un canon a seguir. A lo largo de los años, el ejemplo y la generosidad de Miguel Sierra hizo escuela. Sin su labor y su referencia no podríamos entender el trabajo de grandes fotógrafos coahuilenses como Enrique Sifuentes, Marco Medina Adriano, Héctor García, Alberto Puente o Daniel Becerril.

Las vicisitudes laborales nos llevaron y nos trajeron. Casi un lustro después, convertido yo en editor de una sección de cultura, nuestros caminos volvieron a encontrarse. Ya Miguel era responsable del área de fotografía del periódico más importante de la capital coahuilense, dejando atrás aquel otro malpagado y

progobiernista donde desperdiciaba su talento cubriendo giras de candidatos o eventos de quienes solía describir como “personajes impresentables”.

Este tránsito fue consolidando un ejercicio personalísimo de la fotografía, una pasión a toda prueba, un compromiso exento de demagogia, que lo convirtieron en el autor más consistente de la fotografía documental coahuilense en los tiempos actuales. Me parecía, sin embargo, que el valor de sus imágenes no era debidamente apreciado a causa de que siempre estaban sujetas a la vorágine de la edición diaria y únicamente se daban a conocer en impresos efímeros. Fue así que surgió en mí la necesidad de reconfigurar la visión de los materiales de origen fotoperiodístico, de llevarlos a otros planos, de reconocerles su propio espacio: un valor no subordinado a las urgencias noticiosas, sustentado en sus propios contenidos, es decir un valor estético.

Así empezaron las primeras y muy mal curadas exposiciones dedicadas a la fotografía documental coahuilense. Imágenes fruto del diario devenir llegaron a los museos, y creo que fue ahí, en esos momentos, a finales de los años noventa y principios del 2000, cuando muchos de estos fotógrafos empezaron a tomar conciencia por vez primera de las implicaciones y las múltiples dimensiones de su trabajo.

Pioneros

La documentación visual sobre el territorio que hoy ocupa el estado de Coahuila tiene una larga historia. Como lo consigna el historiador Carlos Recio en su libro *Voces, textos e imágenes. Hacia una historia de los medios de comunicación en Coahuila*, sus orígenes en la vertiente fotográfica se remontan a aquellos misteriosos daguerrotipos realizados por las tropas norteamericanas durante la ocupación de Saltillo, en los primeros meses de 1847. En el conjunto de los testimonios realizados por fotógrafos locales destacan las imágenes que dieron cuenta, 125 años después, del suceso que puso el nombre de esta provincia en la cresta de las noticias el 5 de octubre de 1972: el descarrilamiento en el extrarradio sur de capital de Coahuila de un tren que provenía de las festividades en honor de San Francisco —en el poblado de Real de Catorce, San Luis Potosí—, con sobrecarga de pasajeros. El accidente provocó cientos de muertos —versiones no

oficiales hablan de 190—, desbordando los esfuerzos del gobierno y la sociedad de aquel entonces. Fotos realizadas por los reporteros coahuilenses Isidro Aguirre, Adolfo González y Héctor García Bravo dieron la vuelta al mundo, mostrando la catástrofe material y humana que implicó el trenazo de Puente Moreno, del que también informaron reporteros nacionales como Enrique Metinides. Reproducidas en las revistas más importantes del orbe, hicieron merecedores a sus autores de diversos premios.

Otro hito de la fotografía documental coahuilense le corresponde al recién fallecido Adolfo González. El fotógrafo, entonces adscrito a la fuente de Palacio de Gobierno, estaba en el céntrico restaurante La Playas acompañado de un colega, un mediodía cualquiera de 1974. Al cruzar por la Plaza de Armas alcanzó a distinguir la silueta de un hombre que se movía entre las torres de Catedral. Intuyó que algo iba a suceder, pero en ese momento estaba desprovisto de su cámara. No dudó en arrebatar la de su compañero, enfocando de inmediato hacia el lugar de la acción. Consiguió realizar una secuencia de tres tomas que registraron el primer suicidio por salto que acontecía en la centenaria edificación: imágenes del hombre al borde del abismo, de su caída y de su cuerpo tendido en el piso del atrio. Por el registro del final trágico de quien luego se supo era un enfermo terminal procedente de León, Guanajuato, Adolfo González obtuvo el Premio Nacional de Periodismo de ese año. [...]

Fragmento del texto publicado *Luna Córnea 35. Viajes al Centro de la Imagen III*
Aproximaciones al fotoperiodismo mexicano
México, Centro de la Imagen/Conaculta/Cenart, 2014.